

## INTRODUCCIÓN

### «NO QUIERO SER QUIEN SOY»

Soy un hombre que ha dado de sí todo lo que tenía que dar. Solo eso. Quizá un hombre de buen corazón y compasivo, quizás también de algunos conocimientos, pero que ha dado todo de sí.

(Porfiri Petrovich)<sup>1</sup>

Ulises es el primer héroe moderno. Homero recuerda en su invocación a las Musas las numerosas ciudades y gentes que había conocido el héroe, pero inmediatamente señala los ‘muchos males’ que pasó. Ha sufrido diez años de guerra y diez años de vagabundeo. Ha conocido el mundo de la noche, el mundo de los monstruos, el rechazo, el ansia, la angustia, la humillación. Ha vivido en numerosos lugares. Se ha relacionado con los hombres y con los dioses. Ha experimentado la vida en su multiplicidad. Al comienzo de la *Odisea* encontramos a Ulises en una isla junto a la diosa Calipso, lleno de dolor por la añoranza de su casa y de su esposa. La diosa lo retiene, lo adula, quiere que permanezca con ella; pero él solo desea regresar a Ítaca. Calipso propone al héroe elegir entre la inmortalidad y la tierra natal. Ulises rechaza la inmortalidad, ansía la vuelta a casa con la esposa y con el hijo, quiere estar con su padre, anhela volver a Ítaca para iniciar un tiempo feliz. El héroe acepta la vida común, la realidad tal y como es, vivir junto a los demás seres humanos. Su viaje que ha durado veinte años, le ha aportado el conocimiento de la vida que le permite vivir alegre en su casa. Es el momento clave, recoge el sentido de la *Odisea*: la aceptación del límite, la armonía consigo mismo, el conocimiento de la naturaleza humana. La realidad se confirma en los dos cantos finales. Ulises es reconocido por Penélope cuando

<sup>1</sup> Dostoyevski, *Crimen y castigo*, p. 582.

recuerda con detalle «las señales de aquel lecho nuestro que nunca vio nadie»<sup>2</sup>, explica la construcción de la cama nupcial que sale de las raíces de la tierra y que es el centro de la vida. Por otra parte, Laertes lo reconoce cuando Ulises recuerda el paseo por la huerta que dio con él siendo un niño y el padre le enseñaba el nombre de las plantas

Pero voy además a contarte los árboles todos  
que me diste una vez de esta huerta florida. Yo aún niño,  
caminaba contigo por ella, te hacía mil preguntas,  
tú mostrabas las plantas y me ibas diciendo sus nombres<sup>3</sup>.

De nuevo confirma el regreso a la casa, a su identidad. Es el reencontro con el propio mundo, la confirmación de sí mismo, la celebración de los valores familiares y de la naturaleza<sup>4</sup>.

El héroe Jasón en *El viaje de los Argonautas*, después de tantas aventuras superadas, se sentía cansado y deseaba volver para vivir en su casa. Cuando se despide de Hipsípila le confiesa: «Tú guarda algo mejor que yo en tu corazón, puesto que a mí me basta habitar mi patria con el permiso de Pelias. ¡Ojalá que los dioses me libran al menos de estas empresas!»<sup>5</sup>. También él quiere vivir entre los hombres, recuperar su identidad primera, ser el que siempre fue. Ya ha conocido el mundo, ya ha vivido junto a muchos hombres, ya ha aprendido. Él, como sus compañeros de viaje, conoce muy bien los peligros que acechan, la proximidad de la muerte que esconde la aventura. Cuando contemplan las muertes del adivino Idmón y del Hagníada Tifis los héroes griegos «reconcomían su ánimo con las penas, puesto que tan lejos de su esperanza quedaba su regreso»<sup>6</sup>.

Ulises y Jasón desean la armonía de la casa, prefieren el mundo real, quieren vivir con los hombres. La vida del héroe va acompañada de valor y del reconocimiento de los demás, pero también conlleva dolor y

<sup>2</sup> Homero, *Odisea*, p. 407.

<sup>3</sup> Homero, *Odisea*, p. 423.

<sup>4</sup> En *Historia de la noche*, el poema «Un escolio» de Jorge Luis Borges contiene estos versos: «Homero no ignoraba que las cosas deben decirse de / manera indirecta. / Tampoco lo ignoraban sus griegos, / cuyo lenguaje natural era el mito. La fábula del tálamo / que es un árbol es una suerte de metáfora», Borges, *Obras completas*. III, p. 176.

<sup>5</sup> Apolonio de Rodas, *El viaje de los Argonautas*, p. 76.

<sup>6</sup> Apolonio de Rodas, *El viaje de los Argonautas*, p.119.

sufrimiento, alejamiento de la patria y de los familiares. Con el paso del tiempo y con el recorrido de múltiples aventuras, el héroe adquiere un conocimiento más profundo de sí mismo y de la vida, que le lleva a aceptar los límites de la realidad y del ser. En el momento de la vuelta a casa se produce la armonía consigo mismo y con todo lo que le rodea. Se afirma a sí mismo en su identidad, a la vez que se reencuentra con los suyos y con el mundo. Los dos héroes nos enseñan que la grandeza humana consiste en la aceptación de una suerte común, en la capacidad de ser como los demás, en la reconciliación con la realidad. Ulises se siente feliz en Ítaca, Jasón tiene la esperanza de vivir en su patria. Quieren dejar el espacio ilimitado de la aventura por el espacio concreto y conocido de la casa. Son ellos los que con su ejemplo nos descubren que los hombres vivimos mejor dentro de las fronteras de nuestra limitación, que alcanzamos una mayor tranquilidad de espíritu al aceptar los límites<sup>7</sup>.

Michel de Montaigne ofrece los *Ensayos* como una pintura de sí mismo. Se fija en la propia actuación para que los demás podamos reflexionar sobre nuestra humanidad. Parte de la experiencia para hablar de las cosas, desde ahí va preguntándose por diferentes aspectos de la vida para mostrarnos cómo se vive. No le interesa la metafísica o el cómo deberíamos vivir, sino la realidad y el cómo vivimos, para aprender a vivir mejor, más acorde con nuestra naturaleza. Por eso nos muestra lo que hace en diferentes situaciones y lo que siente según está actuando. Así va componiendo su retrato en movimiento continuo. Lo que cuenta es la vida. Y los ensayos crecen y se transforman de acuerdo con la experiencia. No le es ajeno nada de lo que encuentra, todo lo acepta y a todo se transforma. Ama la vida tal y como es. Es verdad que al principio de los *Ensayos* Montaigne toca temas generales como la presencia de Dios o los problemas del universo, y que mezcla la historia del mundo con Roma o con los caníbales. Pero poco a poco se va concentrando en sí mismo, en su persona, en su experiencia. Así llegamos al último de los ensayos, «Sobre la experiencia», que constituye una síntesis de su vida y

<sup>7</sup> Recuerdo la respuesta de Aquiles a Ulises en el Hades, cuando muestra su desprecio a la opinión sobre la supuesta felicidad que gozó en la tierra y, también, a la que ahora disfruta por ser soberano de los muertos; mientras él siente un irresistible deseo de tener vida. «No pretendas, Ulises preclaro, buscarme consuelos / de la muerte, que yo más querría ser siervo en el campo / de cualquier labrador sin caudal y de corta despensa / que reinar sobre todos los muertos que allá fenecieron», Homero, *Odisea*, p. 212.

de su pensamiento. Tal vez el sentido de los *Ensayos* se concentra en las siguientes palabras:

Es absoluta perfección y como divina, el saber gozar lealmente del propio ser. Buscamos otras cualidades por no saber usar de las nuestras, y nos salimos fuera de nosotros por no saber estar dentro. En vano nos encaramamos sobre zancos, pues aun con zancos hemos de andar con nuestras propias piernas. Y en trono más elevado del mundo seguimos estando sentados sobre nuestras posaderas<sup>8</sup>.

La alegría reside en aceptarse, en amarse como somos. Por supuesto, siempre vamos a intentar superar nuestra propia naturaleza, elevarnos sobre la realidad para alcanzar metas más altas, poner alas a nuestra voluntad para encumbrarnos a lo máximo posible. Sin embargo, llega un momento donde la vida se ama como es, porque todos los excesos, todas las ilusiones superiores «requieren un límite y se cierran en un mundo moderado y atemperado». Un límite que no debe sobrepasarse, porque se vive dentro de unas barreras, aunque se intenten siempre superar. El ser humano quiere encontrar un destino elevado en la tierra, va a mantenerse con la ilusión de llegar a conseguirlo en el presente o en el futuro. Así oscila nuestra vida entre la ilusión de elevarnos y el peso de la realidad, entre lo que somos y lo que deseáramos ser. Esta voluntad de alzarse va a producir una interna vacilación, una tensión perturbadora, una discordia permanente, ya que el hombre se propone elevarse sobre su naturaleza: intenta traspasar sus propios límites. Ahora bien, el peligro existe. El hombre puede perderse en un horizonte carente de límites. Ahí situado no aprecia con la claridad debida el aquí y el ahora porque se confunde al poner la mirada en lo lejano y en lo futuro. El hombre olvida que la naturaleza humana es limitada, que la realidad está sujeta a unos límites. Debido a estos momentos de amnesia Michel de Montaigne insiste: «Con razón se le ponen al espíritu humano las barreras más estrictas que se puede. En el estudio, como en lo demás hay que contarle y ordenarle los pasos, hay que adjudicarle por medio del arte los límites de su caza»<sup>9</sup>. Este es el secreto del equilibrio, en esto consiste vivir con los demás. Si se traspasan los límites nos acercamos al peligro de la caída en el abismo, ya que todos los excesos pueden conducir a los extremos.

<sup>8</sup> Montaigne, *Ensayos*. Vol. III, p. 402.

<sup>9</sup> Montaigne, *Ensayos*. Vol. III, p. 412.

Dentro de los márgenes se configura mejor la personalidad. Existe un momento en nuestra vida en que aceptamos vivir conforme a nuestra naturaleza ajustándonos a unos términos.

El joven Johann Wolfgang von Goethe había sido un ardiente defensor del progreso, de la transformación social y de la violencia necesaria que exige el cambio de un sistema político a otro. En 1789 se produce la Revolución francesa. Los jóvenes románticos van a vivir con efervescencia este momento histórico que consideran el nacimiento de una nueva época. Estiman la Revolución como la base fundadora para una nueva sociedad donde los ideales se verían ya transplantados a la realidad. El entusiasmo era desbordante. Tenían la esperanza de que al cambiar las instituciones políticas, el hombre podría alcanzar lo mejor de sí mismo hasta llegar a ser el anhelado hombre libre. El maduro Goethe contempla con menos entusiasmo que los jóvenes poetas románticos el gran evento francés. Él se aleja rápidamente de los ideales revolucionarios horrorizado por el terror. Rechaza cualquier tipo de revolución, e incluso la idea de transformación social. Por supuesto, no siente nostalgia ni defiende el Antiguo Régimen; pero los acontecimientos súbitos le desagradan. Desconfía de los cambios violentos donde cree que las masas son seducidas por agitadores. La pasión política puede confundir al individuo en la percepción de la realidad, en la configuración de la propia personalidad; ya que se desfiguran los límites entre lo posible y lo realizable, los medios y el objetivo.

Goethe, creador junto a Schiller del clasicismo alemán, desarrolló en el pequeño estado de Weimar la utopía de una armonía entre la vida política, la cultural y el arte. Su propósito era encontrar una armonía entre el individuo y el todo. Con *Los años de aprendizaje de Wilhelm Meister* nos presenta un diagnóstico de la época e intenta responder a la pregunta más trascendental: ¿cómo se puede llegar a ser feliz en la tierra? La novela es la historia ejemplar de un personaje que acaba aceptándose como es, aunque para ello ha tenido que renunciar a sus ilusiones y a los elevados ideales. Wilhelm Meister en el itinerario de su vida «estaba ansioso de profundizar en el conocimiento de los hombres», y en el mundo «esperaba encontrar la clave de muchas cosas referentes a la vida, a sí mismo y al arte»<sup>10</sup>. Cuando completa su aprendizaje, acepta la renuncia porque ha crecido y madurado con la experiencia y el conocimiento del mundo. La clave es conocerse para lograr una existencia armoniosa.

<sup>10</sup> Goethe, *Wilhelm Meister*, p. 232.

Él vive la realidad de la mejor manera posible, pero acepta los límites. En el libro sexto de la novela, «Confesiones de un alma bella», aparece el personaje del tío, que según Schiller lo utilizó Goethe para representarse a sí mismo, y es el tío quien afirma que como hombres «hemos de perseguir toda la perfección que sea posible»<sup>11</sup>, y para ello es importante conocer los límites. Y nos ofrece la siguiente explicación:

Porque el hombre ha nacido para fines limitados y puede comprender con más facilidad lo sencillo, lo próximo y lo determinado en los fines y así se acostumbra a utilizar medios que están a su alcance. Sin embargo, cuando afronta lo amplio, no sabe ni lo que quiere ni lo que debe hacer. Entonces no importa si lo distrae la multitud de objetos, o lo hace estar fuera de sí la nobleza y la dignidad de los mismos. Siempre será para él una desgracia pretender la obtención de algo que no puede conseguir sin una activación continua de sí mismo<sup>12</sup>.

Goethe aspira a que el individuo desarrolle la personalidad en todas sus posibilidades, que configure su identidad en el equilibrio, en armonía con la sociedad. Es un imperativo la reconciliación del hombre con la existencia, armonizar el individuo con la comunidad. Para obtener la armonía y el equilibrio tiene que vivir dentro de los límites. Si los traspasa confunde lo próximo y lo lejano, lleva una vida desdichada, escindida porque permanece separado de lo que le rodea. La personalidad individual se desarrolla plenamente dentro de la limitación, ahí puede alcanzar los fines. Ya lo dejó claro en el poema «Los límites de la humanidad» que termina con estos versos: «Un pequeño anillo / limita nuestra vida, / y muchas generaciones / continuamente se alinean / en la cadena infinita / de su existencia»<sup>13</sup>. Los límites conforman al hombre. De nuevo Goethe volvió a reiterar la necesidad de mantenerse sujeto a la tierra al final de la tragedia de *Fausto*. Después de comprobar su amplio conocimiento del mundo, el protagonista afirma su opinión sobre el hombre con estas palabras: «Que se detenga firme, y mire en torno: / no está mudo este mundo ante el que es digno»<sup>14</sup>. Es preciso confiar en el mundo, aspirar a lo más alto en la tierra. Es loco quien siempre mira

<sup>11</sup> Goethe, *Wilhelm Meister*, p. 482.

<sup>12</sup> Goethe, *Wilhelm Meister*, p. 484.

<sup>13</sup> Goethe, *La vida es buena. Cien poesías*, p. 152.

<sup>14</sup> Goethe, *Fausto*, p. 335.

al cielo, en el mundo siempre puede esperar algo quien se hace digno de él y sabe vivir.

Albert Camus comprendía la vida en términos humanos. Sabía que la grandeza del hombre está en sobreponerse a su condición. Veía que a lo largo de la historia el ser humano se ha sacrificado por alcanzar los más nobles fines. Repite con insistencia que no hay que tender a la perfección, sino al equilibrio y a la armonía. Fue testigo de la destrucción de Europa durante la Segunda Guerra Mundial, descubrió la desastrosa cara que ocultaba la revolución rusa, vio la encarnación del mal absoluto en el Holocausto, vivió de cerca el nihilismo y el absurdo. Contra todo esto se rebeló. Supo decir no y se convirtió en rebelde. No es conformista ni se resigna a la opinión dominante o a la razón de Estado. Denuncia los horrores de los Gulags, se rebela contra la violencia revolucionaria y el mesianismo asesino, rechaza el terrorismo que mata a civiles inocentes. Muestra que no hay asesinos heroicos, que el horror de los campos o el terror no pueden justificarse por la construcción de un paraíso futuro. Como testigo moral de Europa y llevado por un profundo amor a la vida, Camus escribe *El hombre rebelde*. Analiza cómo el lenguaje teológico se ha puesto al servicio de la revolución. La búsqueda del absoluto se convierte en una justificación para matar u oprimir. La vida que se somete a la ideología se transforma en una vida abstracta. En las ideologías totalitarias los medios delictivos pervierten los más nobles fines, las rebeliones son traicionadas por la revolución. Después de la larga investigación sobre la rebeldía y el nihilismo, el autor francés presenta su propuesta de rebeldía. En el último capítulo, «El pensamiento de mediodía», nos ofrece una síntesis de lo que para él es el sentido de la existencia y el valor de vivir. El apartado «Medida y desmesura» comienza con estas palabras: «El extraviado revolucionario se explica primero por la ignorancia o el desconocimiento sistemático de ese límite que parece inseparable de la naturaleza humana y que descubre precisamente la rebeldía». Por lo tanto, si el pensamiento revolucionario quiere mantenerse vivo debe «inspirarse en el único pensamiento que sea fiel a sus orígenes, el pensamiento de los límites». Y concluye el párrafo con esta afirmación: «Al mismo tiempo que sugiere una naturaleza común a los hombres, la rebeldía descubre la medida y el límite que se hallan al principio de esta naturaleza»<sup>15</sup>. Ya conocemos la historia de la desmesura, si olvidamos el valor del límite llegaremos de nuevo al desorden y a la

<sup>15</sup> Camus, *El hombre rebelde*, pp. 341-342.

destrucción. La ideología parte del absoluto para moldear la realidad. Por el contrario, la rebeldía se apoya en lo real «para encaminarse en un combate perpetuo hacia la verdad»<sup>16</sup>. El valor del límite reconcilia al hombre con la vida, acomoda la conducta a lo que cree verdadero. En el límite encuentra un irreductible sentido y un valor continuo en el vivir.

La vida del ser humano se mueve entre dos mundos difíciles de armonizar: la circunstancia de lo real y la ilusión de lo soñado, entre las múltiples posibilidades de ser y los límites que configuran nuestro vivir. Es consciente de que existe un horizonte de posibilidades y quiere experimentarlas, saber hasta dónde puede llegar. El hombre es libre, puede elegir y fracasar en la decisión. Intenta crear el propio destino personal. Desea encontrar la manera de estar en el mundo, construir su destino. Percibe que es un ser inacabado a quien tiene que dar forma. El conocimiento y la voluntad libre irán moldeando la persona. El camino para llegar a ser se muestra sinuoso. El recorrido se presenta como una esperanza realizable; aunque parece que siempre falta algo para completarse. Ante un horizonte tan abierto el riesgo de la libertad es elegir bien o elegir equivocadamente<sup>17</sup>.

En numerosas ocasiones uno no querría ser quien es o llevar la vida ocupada en un oficio. Se siente atado a esa existencia por la necesidad o por una falta de voluntad. Al individuo le resulta difícil dar el salto para librarse del peso de la circunstancia. Sin embargo, a veces no soporta la realidad tal y como es, no quiere seguir siendo quien es, no acepta la suerte que le ha tocado. Y esta incomodidad consigo mismo y su entorno la siente muy pronto en su vida. Este fuerte sentimiento lo explica Ortega y Gasset con las siguientes palabras:

A poco que vivimos hemos palpado ya los confines de nuestra prisión. Treinta años cuando más tardamos en reconocer los límites dentro de los cuales van a moverse nuestras posibilidades. Tomamos posesión de lo real, que es como haber medido los metros de una cadena prendida de nuestros

<sup>16</sup> Camus, *El hombre rebelde*, p. 345.

<sup>17</sup> Rüdiger Safranski, 2010, abre su libro *El mal* con estas iluminadoras palabras: «No hace falta recurrir al diablo para entender el mal. El mal pertenece al drama de la libertad humana. Es el precio de la libertad. El hombre no se reduce al nivel de la naturaleza, es el ‘animal no fijado’, usando una expresión de Nietzsche. La conciencia hace que el hombre se precipite en el tiempo: en un pasado opresivo; en un presente huidizo; en un futuro que puede convertirse en bastidor amenazante y capaz de despertar la preocupación», p. 13.



pies. Entonces decimos: «¿Esto es la vida? ¿Nada más que esto? ¿Un ciclo confuso que se repite siempre idéntico?» He aquí una hora peligrosa para todo hombre<sup>18</sup>.

Es un peso peligroso porque produce una enorme insatisfacción. El choque entre lo real y las posibilidades de la vida, entre la ilusión y la realidad, entre el ideal y la pesadumbre de lo contingente, nos puede conducir al extravío, al hastío o al hartazgo de la vida. «Todos los hombres tienen un cáncer que les roe, un excremento cotidiano, un mal a plazos, su insatisfacción; el punto de choque entre su ser real, esquelético y la infinita complejidad de la vida. Y todos, antes o después, se dan cuenta»; dice Cesare Pavese<sup>19</sup>. La vida es paradoja. Vivimos entre dos contradicciones. El problema es superar la insatisfacción, eliminar el cáncer. Se precisa voluntad para armonizar los contrastes y, así, dar un sentido pleno a la existencia. Para que el cáncer no se propague es urgente reconciliar lo real con lo posible. La vida conlleva una existencia trágica aunque esperanzadora, manifiesta una tensión y un deseo de equilibrio. La voluntad es la que decide lo que vamos a hacer o lo que vamos a ser. Si emprendemos los pasos para vivir nuestros objetivos, deseos, ilusiones o aventuras; o si, por el contrario, permanecemos atados a nuestra existencia insatisfecha<sup>20</sup>.

De esta manera, cuando el hombre siente que necesita dar un impulso a su existencia, cuando no se conforma con los límites que le ha impuesto el destino, a su ayuda acude la imaginación que lo impulsa a superar la existencia cotidiana, a sobrepasar las fronteras impuestas por la sociedad, a elevarse por encima de los propios límites. Ahí la vida no está sometida a la rutina y se mantiene sostenida por la ilusión de las posibilidades. En la repetición de los días el hombre percibe que la vida tiene una dimensión más elevada. En una libertad de movimientos

<sup>18</sup> Ortega y Gasset, *Meditaciones del Quijote*, p. 122.

<sup>19</sup> Cesare Pavese, *El oficio de vivir*, p. 69.

<sup>20</sup> De nuevo Rüdiger Safranski, 2010, nos orienta en la explicación cuando afirma: «La historia del pecado original investiga la naturaleza del hombre y llega al resultado de que éste no está fijado a una naturaleza que actúe con necesidad. El hombre es libre, puede elegir y también puede elegirse equivocadamente. Crea su propio destino para sí mismo». Y es que el hombre posee conocimiento y voluntad libre «y por eso se le ha impuesto la tarea de encontrar su esencia y su destino. El hombre ha salido de las manos del creador, pero ha salido de allí inacabado en una sublime forma: ha de intervenir en sí mismo con sus manos creadoras», p. 31.

escasa siente que hay un lugar donde puede vivir con libertad plena. Ante el aprendizaje estrecho supone un conocimiento amplísimo. La imaginación nos representa la idea de las ilusiones posibles, la idea de los deseos que podemos alcanzar, la idea de distracciones más apasionadas, la idea de una vida plena no limitada a la necesidad de las circunstancias. La percepción de esta doble vida, la real y la imaginada, nos produce una tensión que es liberada con la acción. La voluntad decide actuar: sostiene la actuación en la representación de la idea. El sujeto decide vivir la idea en la realidad. Se olvida de su naturaleza, de su circunstancia, de su identidad y se lanza con alegría a recorrer el camino de las ilusiones posibles. La vida permanece intensificada en la ilusión de alcanzar el objetivo. Ahora, traspasado el umbral de la circunstancia, el sujeto sale con una idea que cree posible vivir en la realidad. Quiere derribar los muros de separación entre idea y realidad, entre ilusión y contingencia, para encontrar un equilibrio que le satisfaga, o para fusionar la una en la otra. La actividad queda impregnada por la ilusión. Con decidida voluntad se lanza al horizonte ilimitado. La realidad se convierte en una multiplicidad de posibilidades. La fuerza de la imaginación y la voluntad, poseídas por el fuego del deseo, olvidan las barreras de los límites y se lanzan a la vida sin el freno de las fronteras. Es verdad que el individuo carece de experiencia y conocimientos, y esta vida desconocida le puede llevar al abismo. Se lanza al camino sin tener en cuenta las dificultades, los peligros y los posibles extravíos. Sale a la aventura de la vida con un exceso de energías y con la alegría de realizar la ilusión, de encontrar ese lugar o esa idea que lo lleven a vivir plenamente<sup>21</sup>.

Es la ignorancia de nuestra propia naturaleza limitada la que nos conduce al extravío. La elección libre conlleva el peligro de equivocarse, mantiene el riesgo que la vida elegida sea tan extrema que conduzca al

<sup>21</sup> Recuerda Goethe el deseo de los jóvenes de elevarse sobre la realidad con estas palabras: «Probablemente entre los intentos más excusables de atribuirse una dimensión más elevada, de equipararse a alguien superior, cuenta el afán juvenil de compararse con personajes novelescos. Se trata de un afán inocente en extremo y, por muchas invectivas que se le opongan, totalmente inofensivo. Nos entretiene en épocas en la que nos mata el aburrimiento o en las que tendríamos que recurrir a distracciones más apasionadas», en *Poesía y verdad*, p. 476. También Ernesto Sábato afirma: «La vida de todo ser humano oscila entre esta ilusión del ideal y la pesadumbre de lo fáctico, esa chatadura que llamamos realidad» (20); y añadía después que «la vida debe ser sostenida y fecundada en la ilusión», en *España en los diarios de mi vejez*, p. 22.

abismo. Como rechaza las fronteras acaba arrojándose a una vida desenfrenada que pone en peligro la existencia. Al superar el 'mundo moderado' entramos en el mundo desmesurado que es más perverso y puede llevar a la destrucción. La aventura se transforma en desventura. Una vez conocido y experimentado el mundo sin límites, el hombre regresa a los orígenes, al mundo de los límites. Para librarnos de la vida desmesurada, para seguir vivos disfrutando de una vida común, el hombre regresa a la casa, a su identidad primera, a la vida con los demás. El extravío ha permitido descubrir que la naturaleza humana está sujeta a un límite. Experimentada la desmesura, conocedor de los males y de los dolores del extravío, el hombre regresa alegre a un mundo limitado donde puede vivir porque es el suyo. Ha necesitado madurar para reconocer la realidad y su naturaleza limitada; pero con el aprendizaje el regreso a la vida en común es alegre.

Ulises sabe que más allá de los límites de la realidad, al otro lado de la Tierra, aparece la ciudad de la noche y de la muerte, lugar que los hombres no conocen. El hombre traspasa las barreras para acercarse al lugar de la noche. Apolo ponía límites a los hombres, sabía que eran pequeños, pero a veces se alzaban sobre la propia altura y el dios castigaba su *hybris*. «Conócete a ti mismo», «Nada en exceso»; les recordaba. Como el héroe griego el hombre regresa a Ítaca para compartir un destino común. Ha aprendido a vivir y a morir dentro de las fronteras de su limitación. Se siente en armonía con el mundo y con su vida individual. En Ítaca Ulises busca ser feliz «porque nada hay más dulce que el propio país y los padres»<sup>22</sup>. Cerca de los suyos y de las cosas comunes encuentra la esencia de la vida y se siente satisfecho de sí mismo. También Michel de Montaigne termina los *Ensayos* con palabras que reconocen la vida común, ajustada a nuestra naturaleza: «Las vidas más hermosas son, a mi parecer, aquellas que siguen el modelo común y humano, con orden, mas, sin prodigio ni extravagancia»<sup>23</sup>. Goethe lo expresa de esta manera a su amigo J. P. Eckermann: «El hombre puede buscar su destino mas elevado en la tierra o en el cielo, en el presente o en el futuro, pero precisamente por eso se verá interiormente sometido a una eterna vacilación y exteriormente a una influencia siempre perturbadora, hasta que de una vez por todas tome la decisión de declarar que lo justo y lo correcto es

<sup>22</sup> Homero, *Odisea*, p. 159.

<sup>23</sup> Montaigne, *Ensayos. Vol. III*, p. 402.

lo que sea conforme a su naturaleza»<sup>24</sup>. La satisfacción de disfrutar de los valores comunes nos ofrece la posibilidad de sentirnos en el mundo como en casa, de disfrutar del aquí y del ahora. Aceptar nuestra naturaleza significa alegrarnos con lo que somos. «La perfección es eso: el acuerdo con la propia condición, el reconocimiento y el respeto del hombre», señala Albert Camus<sup>25</sup>. Y páginas más adelante insiste que cuando llega ese momento se alcanza la alegría consigo mismo: «Siempre llega un momento en que los seres dejan de luchar y desgarrarse, y aceptan amarse por fin tal como son. Es el reino de los cielos»<sup>26</sup>. Para gozar de la vida es necesaria esta aceptación. El disfrute de las cosas pequeñas y cotidianas manifiesta la esencia de la vida. Compartir el destino común nos afirma como seres humanos. Vivir en Ítaca para alcanzar el máximo de nuestras posibilidades y acercarnos a la máxima grandeza. Ahora bien, necesitamos ilusión y realidad para vivir. Una vida sin ilusión conduce al empobrecimiento ya que no somos capaces de mirar más allá de lo que creemos posible. Como consecuencia limitamos nuestra aspiración a superarnos. En el otro lado, traspasar los límites nos puede conducir al dolor y a la tragedia, ya que sometemos la realidad a un ideal sin ningún tipo de barreras. Es por esto que me parece conveniente compartir la observación que nos da Goethe: «Todas las personas de buena voluntad, a medida que aumenta su formación cultural, sienten que tienen un doble papel que desempeñar en el mundo, un papel real y otro ideal, y en este sentimiento hay que buscar el fundamento de toda nobleza»<sup>27</sup>. O acercar nuestro comportamiento al verso de Píndaro que Albert Camus pone como epígrafe en *El mito de Sísifo*: «No te afanes, alma mía, por una vida inmortal, apura el recurso de lo hacedero»<sup>28</sup>.

En *Historia de la noche* de Jorge Luis Borges nos encontramos con el poema «Ni siquiera soy polvo», puesto en boca de Alonso Quijano, que comienza con los siguientes versos: «No quiero ser quien soy. La avara suerte / Me ha deparado el siglo diecisiete, / El polvo y la rutina de Castilla, / Las cosas repetidas...»<sup>29</sup>. El poeta pone de relieve la estremecedora disconformidad del personaje con su destino. El hidalgo

<sup>24</sup> Eckermann, *Conversaciones con Goethe*, p. 476.

<sup>25</sup> Camus, *Carnets. Vol. I*, p. 173.

<sup>26</sup> Camus, *Carnets. Vol. II*, p. 368.

<sup>27</sup> Goethe, *Poesía y verdad*, p. 476.

<sup>28</sup> Camus, *El mito de Sísifo*, p. 8.

<sup>29</sup> Borges, *Obras completas. III*, p. 177.

manchego vive en un tiempo que no le pertenece, habita en un lugar desagradable y lleva una vida sometida a la constante rutina. El hidalgo se siente desarraigado del lugar y del tiempo en que vive. Alonso Quijano no encuentra aquel significado unitario de la existencia que dominaba al héroe épico. Quiere dar un sentido a su vida, para que exista una correspondencia entre los deseos y la acción, entre el interior y el exterior, entre el ideal y la vida. Como no posee voluntad para guiar la acción, el sentimiento de desarraigo y de existencia repetida le mueve a la lectura de los libros de caballerías. A pesar de que en la lectura se mete en un mundo de aventuras, algo falta en la vida. La suerte le depara poca variedad de actuación, no puede dejarse morir en la silla y en la rutina. El hidalgo decide no ser más Alonso Quijano para convertirse en don Quijote de la Mancha. Como no quiere ser quien es, con su nueva identidad es el que no es, alguien irreductiblemente distinto. Es la nostalgia de la épica, el regreso al pasado, el deseo de vivir la aventura, la salida al espacio sin límites, la búsqueda de otras posibilidades de ser. Es el recuerdo de un héroe épico que gozaba de unidad, que era un todo indivisible de cuerpo y espíritu. Era un tiempo en que la realidad se presentaba como una totalidad. Alonso Quijano se siente desarraigado y quiere lograr la unidad perdida al transformarse en caballero andante. En la existencia del hidalgo manchego pervive el anhelo de una vida superior capaz de elevarse sobre la vulgaridad y la rutina que arrastra cada día. La lectura rememora el recuerdo y la locura induce a tomar la decisión de ser un caballero andante.

En el poemario *El otro, el mismo* Jorge Luis Borges presenta el soneto «Un soldado de Urbina» para referirse a Miguel de Cervantes con estos versos

Sospechándose indigno de otra hazaña  
 Como aquella en el mar, este soldado,  
 A sórdidos oficios resignado,  
 Erraba oscuro por su dura España.  
 Para borrar o mitigar la saña  
 De lo real, buscaba lo soñado...  
 Por él ya andaban don Quijote y Sancho<sup>30</sup>.

El soldado que ha luchado en la batalla de Lepanto, que ha saboreado la sensación enervante de la hazaña, que ha vivido en la guerra alejado

<sup>30</sup> Borges, *Obras completas. II*, p. 256.

de las contingencias de la rutina diaria, vive ahora en España resignado a la necesidad de tener un oficio. Habita, como Alonso Quijano, en un lugar desagradable, tragándose el polvo de la envidia y del odio en una sociedad intolerante. La 'avara suerte' y la necesidad configuran su vivir inmediato. Sin embargo, atrapado en esa circunstancia adversa y cruel, llegado a una edad que no le permite la oportunidad de tener otra aventura, aquel soldado decide transformarse en escritor. Como don Quijote, Cervantes adquiere una nueva identidad para ser el que no es. El autor goza de la posibilidad de retirarse dentro de sí mismo para convertirse en todos los seres posibles. El escritor vive siempre en la ilusión de ser otro. En la soledad se siente seguro, frente a la página en blanco puede alcanzar otra *hazaña*. Cervantes tiene el escape de la escritura para sentir la vida en su plenitud. Es su necesidad. La escritura da sentido completo a la vida. Aprisionado en la realidad, se libera en el sueño de la ficción. El escritor podría ser lo que cuenta, vivir lo que escribe. El individuo Cervantes siente que su personalidad no se corresponde con la España en que vive. Es difícil llevar una verdadera vida cuando tienes que estar sometido a las necesidades diarias. El recaudador de impuestos en las tierras andaluzas echa en falta al guerrero de Lepanto. Si Alonso Quijano es el que no es, Cervantes también adquiere una nueva identidad para convertir su vida en la de don Quijote y Sancho. Los personajes son un desdoblamiento de su propia personalidad. La vida de Cervantes oscila entre la 'saña de la realidad' y la búsqueda de lo soñado. Con estas palabras tan precisas nos explica de nuevo Jorge Luis Borges la personalidad de nuestro autor: «El hecho es que en Cervantes, como en Jekyll, hubo por lo menos dos hombres: el duro veterano, ligeramente *miles gloriosus*, lector y gustador de sueños quiméricos, y el hombre comprensivo, indulgente, irónico y sin hiel, que Groussac, que no lo quería pudo equiparar a Montaigne»<sup>31</sup>. Juntos el soñador y el hombre comprensivo: idéntica discordia encontraremos en numerosos personajes cervantinos. La escisión puede superarse. El pobre hidalgo manchego y Cervantes demandan vitalidad a sus acciones frente a una existencia que se difumina en la rutina cotidiana. La vida se presenta con la ilusión de una posibilidad a la que le falta realización. Alonso Quijano convierte en vida la experiencia de la lectura y se transforma en caballero andante, Cervantes suplanta la experiencia de la vida

<sup>31</sup> Borges, *Obras completas*. IV, p. 45.

por la escritura y se transforma viviendo en sus personajes. La lectura y la escritura convierten la vida en aventura<sup>32</sup>.

Cervantes proyecta en sus textos una confianza irreductible en la dignidad del ser humano, una mirada comprensiva a los defectos y una fe indestructible en las verdades que encierra el corazón. La fe, la confianza y la comprensión hacia el hombre del escritor español traen a la memoria las palabras de William Faulkner sobre el papel del escritor en la sociedad que creemos muy pertinentes para los tiempos de ahora. En su discurso de aceptación del Nobel afirma que el deber del escritor consiste en «aligerar el corazón del hombre para ayudarlo a resistir, al recordarle el valor y el honor, el orgullo y la esperanza, la compasión, la caridad y el sacrificio que han sido la gloria de su pasado»<sup>33</sup>. Cervantes nos lo recuerda constantemente. Y lo consigue porque otorga a sus personajes el don de la libertad. Los personajes son conscientes de que la realidad ofrece múltiples posibilidades. Esta conciencia se convierte en un anhelo de alcanzar lo máximo posible. La lectura transforma a Alonso Quijano en un ser distinto. También a otros personajes que se contagian con los libros que han leído y desean imitar a los héroes en sus aventuras. Quieren equipararse a héroes novelescos para llevar una vida más elevada, más aventurera. Para unos será una ilusión, para otros se convertirá en acción. Palomeque siente la ilusión de la aventura, pero continúa con su oficio de ventero. El hidalgo manchego imita a los caballeros andantes para vivir el ideal. Como no quiere ser quien es, configura su carácter en la imitación y, desde ahí construye un nuevo destino personal<sup>34</sup>.

<sup>32</sup> En el poema «Sueña Alonso Quijano» de nuevo Borges afirma: «El hidalgo fue un sueño de Cervantes. / Y don Quijote un sueño del hidalgo. / El doble sueño los confunde y algo / está pasando que pasó mucho antes. / Quijano duerme y sueña. Una batalla: / los mares de Lepanto y la metralla», *Obras completas*. III, p. 94.

<sup>33</sup> Faulkner, «Discurso», p. 67. La impresión que nos deja la lectura de Cervantes es semejante a la que le produce la obra de William Shakespeare a Wilhelm Meister: «Parecen la obra de un genio celestial que se aproxima a los hombres para que ellos aprendan a conocerse del modo más dulce posible. Uno no encuentra ahí obras literarias. Uno ve abierto ante sí el libro inmenso del destino, en el que el huracán de la vida arrecia y hace pasar una página tras otra», Goethe, *Wilhelm Meister*, p. 268.

<sup>34</sup> Como explica Juan Goytisolo: «Ningún creador como Cervantes supo captar este poder inmanente de la literatura, capaz de transformar a los personajes del *Quijote* en seres distintos, contagiados por las novelas que leen hasta el punto de querer emular a sus héroes y lanzarse a aventuras por descabelladas que fueran. Cervantes secularizó sin saberlo el poder suasorio del discurso religioso, de la palabra

Los personajes cervantinos que vamos a presentar en este trabajo no buscan imitar a los héroes que han conocido en la lectura de libros. Sin embargo, ellos tampoco quieren ser quienes son. Desean un cambio para saber hasta dónde pueden llegar a ser. También se sienten desarraigados de su familia, del lugar, de la sociedad. Perciben dentro de sí la escisión entre el mundo real en el que viven y la realidad posible que imaginan, entre lo que son y lo que podrían ser. Esta tensión conduce a los personajes a elegir un camino arriesgado: desean traspasar los límites. Nada les detiene en el camino. Saltan las barreras como si no existiera límite alguno. El peligro de extraviarse los amenaza. Los personajes afirman su libertad para construir el propio destino. Todos ellos viven dentro de la realidad, sometidos a la necesidad que impone la circunstancia y sometidos al destino de su situación social. Ahora bien, llega un tiempo en sus vidas en que la existencia les resulta incompleta, y la voluntad cambia hacia otro tipo de vida. Tienen que modelar su persona con las propias manos. Se liberan de la telaraña donde se mueven con dificultad, saltan las barreras que los constriñen, cruzan las fronteras que los limitan para entrar en un horizonte de posibilidades. Disfrutan de libertad para configurar la personalidad y encontrar el propio destino. Como tienen la sensación de escisión entre el yo y la vida, como se sienten desarraigados de la familia y del entorno; están poseídos de la ilusión de encontrar ese algo que les falta. Desean completar el yo con lo que creen que pueden alcanzar. Aunque nunca lo han experimentado, creen que pueden encontrarlo y vivirlo. El horizonte de posibilidades es múltiple, en este espacio quieren encontrar la plenitud que dé un sentido completo a la vida. En su voluntad libre domina un espíritu de aventura que le impone la tarea de encontrar su esencia y su destino.

Rinconete y Cortadillo abandonan la dura constricción del pueblo para vivir en completa libertad en Sevilla. Carriazo se siente oprimido por el destino social de su familia y se marcha a las almadrabas para vivir la aventura. Tomás Rodaja aspira alcanzar el máximo conocimiento, quiere saberlo todo. Pedro de Urdemalas vive en una continua metamorfosis, versátil y múltiple adopta todas las formas. El joven caballero Rodolfo lleva en la sangre la fuerza implacable que no obedece más que a la ley insaciable del deseo. La realidad es dominada por la imaginación

revelada a los profetas, transmutando la literatura en una especie de religión laica, de creación puramente humana, aunque dotada de una transcendencia próxima a la de aquella», en *El bosque de las letras*, p. 213.



que dirige los actos del celoso extremeño. Carrizales configura la realidad según la imagen proyectada por los celos. Los Duques se contagian de la locura de don Quijote para sustituir la realidad por el mundo imaginario de la ficción. En la voluntad de estos personajes se manifiesta el riesgo de la libertad. Todos ellos se olvidan de los límites humanos y actúan como si no existiera barrera alguna. Ellos tienen que aprender para saber que la necesidad también es parte de la vida.

El personaje comienza la propia odisea. Tiene que recorrer un camino lleno de dificultades, desconocido para él. El viaje le ofrece la ocasión de tener una experiencia de la realidad para ir configurando la personalidad y el destino. Al comienzo del viaje tiene como equipaje la representación de una idea que quiere realizar: la libertad, el conocimiento, la metamorfosis, el deseo, la imaginación. Ellos quieren llegar al máximo de las posibilidades. Quieren experimentar por sí mismos. Por su voluntad y por su espíritu aventurero la posibilidad va aumentando. No tienen conciencia del límite humano y desean vivir la posibilidad hasta el fin. Sin embargo, la ignorancia de los límites los lleva al extravío. Al traspasar las barreras han elegido equivocadamente. Rincón y Cortado experimentan la degradación de la libertad en la cofradía de Monipodio, Carriazo siente el dolor de la aventura en las calles de Toledo. Rodolfo usa el poder del deseo para violar a Leonora. La soberbia de Tomás Rodaja conduce a la locura del Licenciado Vidriera. El viejo celoso acepta la culpa.

El personaje ha aprendido, ha madurado. Cuando experimenta el extravío y es consciente del dolor que ha provocado en sí mismo y en los demás, el personaje inicia un camino de vuelta a casa. Regresa libremente a sí mismo y la casa tiene un significado diferente. Ahora sabe que la naturaleza humana necesita el límite, que las cosas y los hombres tienen una medida. El joven se conoce mejor, el hombre maduro conoce los defectos. Han experimentado las limitaciones, han conocido la sociedad y pueden llevar una vida en común. La personalidad escindida de la salida, se reunifica en el regreso. Existe una armonía entre la vida individual y social.

El personaje se dirige al extremo, pero la vida exige equilibrio. Es verdad que es necesaria la ilusión de la aventura, de alcanzar lo máximo; pero también se necesitan límites. Cervantes a través de Rinconete o de Pedro de Urdemalas manifiesta la tensión que vive el ser humano entre la ilusión de lo que podríamos llegar a ser, viviendo en una libertad que no acepta los límites, y lo que somos realmente, viviendo mejor dentro

de nuestras limitaciones. El destino final del personaje nos enseña a aceptar la realidad como es, igual que aceptamos al ser humano como es. Es la alegría que transmite Cervantes en la escritura: la confianza en la vida y en las posibilidades del hombre. Con palabras de Elias Canetti podemos afirmar:

Yo admiro su amplitud *espacial*; su destino que tanto se ensañó en él, le dio amplitud, en vez de reducirlo. También me agrada que se diera a conocer tan tarde y, a pesar de ello —o precisamente por ello—, nunca perdiese la esperanza. Pese a las muchas falsificaciones de la vida que se permite en sus historias ‘idealizantes’, ama la vida tal cual es. Este es para mí, el único rasgo distintivo de un talento épico: un conocimiento de la vida que llegue hasta sus aspectos más monstruosos y, no obstante, un amor apasionado por ella, un amor que ni siquiera es desesperado, pues pese a toda su desesperación es intangible<sup>35</sup>.

Es la clave para leer los textos cervantinos: su amor a la vida y la comprensión del destino común<sup>36</sup>.

<sup>35</sup> Canetti, *Apuntes*, p. 765.

<sup>36</sup> Claudio Magris, al hablar de los grandes autores cómicos y humoristas, destaca por encima de todos a Cervantes y Sterne «cuya risa, cuya sonrisa y cuya ironía nacen del desencanto y de la conciencia de la tragedia y llegan, a través y gracias a la desilusión, a la fraternidad y al amor», en *Alfabetos*, p. 12.